

## POETAS EN NUEVA YORK/ricardo blanco

### Fundadores de la poesía hispánica en Nueva York

Las raíces de una tradición de la poesía hispánica escrita en Nueva York, las encontramos en el siglo pasado. De Cuba y de Puerto Rico, los únicos dos países sometidos hasta finales del siglo XIX a la tutela de España, proceden los primeros engrosamientos de esta ya larguísima cadena. Cuando en un cubano o en un puertorriqueño de aquellos tiempos se unían vocación literaria y vocación revolucionaria o patriótica, el natural camino era el exilio. En Nueva York viven temporadas más o menos extensas (y allí producen), en el siglo XIX, el portorriqueño Eugenio María de Hostos, y los cubanos José María Heredia, Juan Clemente Zenea y José Martí. Este último, por su larga permanencia en Nueva York (desde 1880 a 1895), y porque allí escribe y publica su poesía más lograda, se erige en el verdadero fundador de esta tradición de poesía hispánica en la gran urbe norteamericana.

Las crónicas en prosa de José Martí y el libro de poemas *Versos libres* (que se publicará póstumamente) son los primeros textos de relevancia que intentan recoger en español las imágenes de la gran ciudad. Por esta razón Martí es nuestro primer poeta moderno y el que inaugura en castellano la poesía de la ciudad.



J.R. 1903.

José Juan Tablada.

El cruce de culturas, los conflictos raciales, la corrupción política y social, el brillo cultural y económico de Nueva York, son tópicos (y a la vez realidades) que van creando el mito de Nueva York a través de las palabras del poeta y periodista cubano. Este mito va a repercutir en toda la cultura occidental (ya sea para aceptarlo o para rechazarlo); y desde la exaltada crónica de Martí sobre la inauguración de «La estatua de la libertad» en 1886, hasta la visión de Kafka en *América*, de esta

misma estatua con una espada amenazadora en la mano, en vez de una antorcha, se ha cumplido un largo proceso de cambio en Nueva York: de ser una ciudad industrial se ha convertido en la metrópoli actual.

No siempre es el condicionamiento político el que mueve al artista hispano hacia Nueva York. Lo ha sido también su carácter de dinámica metrópoli cultural —la más viva, con París, de los tiempos modernos. Esto es particularmente cierto en el caso del mexicano José Juan Tablada, y de los españoles Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca.

José Juan Tablada vive en Nueva York durante la bullente década vanguardista de 1920, y aquí da el gran salto de su inicial estética modernista al de una poesía radicalmente nueva, que abre de modo absoluto la entrada de Hispanoamérica en la modernidad. Tablada vivió intensamente, en su existencia y en su obra, el aire artístico de la gran ciudad —y colaboró incluso con el músico franco-americano Edgar Varèse en algunas piezas de este último.

Cuando llega Juan Ramón Jiménez para casarse en Nueva York (1916) la ciudad se ha convertido ya en el centro del mercado internacional y, al terminar la primera guerra mundial, desplazará a Londres de ese papel. El libro que Jiménez escribe aquí recoge por primera vez la escritura de Manhattan en la poesía española: anuncios luminosos, car-



Giannina Braschi.



De derecha a izquierda: Jaime Manrique, Alexis Gómez, Carmen Valle, Jan Martínez.

teles, inscripciones callejeras, vienen a insertarse en los textos poéticos de su *Diario de poeta recién casado*; libro decisivo en la evolución personal del autor y en toda la lírica española contemporánea. Pero será casi treinta años después, en el fragmento segundo de su gran poema extenso, «Espacio», donde la experiencia de Nueva York aparece con mayor eficacia.

### Lorca en Nueva York

Octavio Paz, en una reciente conferencia sobre la literatura en español en los Estados Unidos, declaró que los textos de *Poeta en Nueva York* están «escritos a la sombra de Whitman, una sombra desgarrada por los relámpagos del surrealismo, estos poemas son poderosas detonaciones, explosivas imágenes de una ciudad más soñada que vista. Nos dicen más del poeta García Lorca que de Nueva York».

De hecho, Lorca llega a Nueva York en 1929 en un estado emocional y espiritual desastroso, y su visión de la ciudad está condicionada por sus quimeras. Tanto las duras críticas de Salvador Dalí a su *Romancero Gitano*, como la película realizada por Buñuel y Dalí, *Un chien andalou* (que Lorca pensaba aludía a su propia homosexualidad), debieron causar un profundo malestar al poeta de Granada. De igual modo, la pérdida definitiva de su amante, el escultor Emilio Aladrén, le minaba el ánimo cuando Lorca emprende su viaje a los Estados Unidos.

El libro de Lorca sobre Nueva York es un canto épico, pero de una épica esperpéntica; son unos poemas impregnados por un subjetivismo expresionista, cargados de imágenes surrealistas. Pero de algún modo las realidades de la metrópoli penetran en su poesía: el ritmo sincopado del jazz, el teatro negro, la ciudad vista como un matadero, como un desierto urbano, el salvajismo mercantil y la crisis de 1929 de

Wall Street. En general, Lorca denuncia una cultura donde los elementos espirituales han sido reemplazados por un mercantilismo crudo. Por esta razón, en lo que para el poeta es como un Senegal con máquinas, el negro viene a identificarse con lo espiritual, la esperanza de un futuro mejor; así, el negro, como el poeta, es un exiliado entre la multitud civilizada.

La visión crítica y subjetiva que Lorca nos dejó de Nueva York, prevalece entre los poetas hispanos que escribieron después en esta ciudad. Habrá que esperar los años setenta para encontrarnos con un grupo de escritores donde la ciudad ya no es para ellos solamente un pretexto social, sino que inmersos en la vida de la metrópoli, los por entonces jóvenes escritores de Hispanoamérica y de España, que residen en Nueva York, nos hablarán de una ciudad vivida más que soñada, de su experiencia cultural en este país, o de su nostalgia por unos orígenes que puedan darle sentido a la incertidumbre del presente.

## Después de Lorca

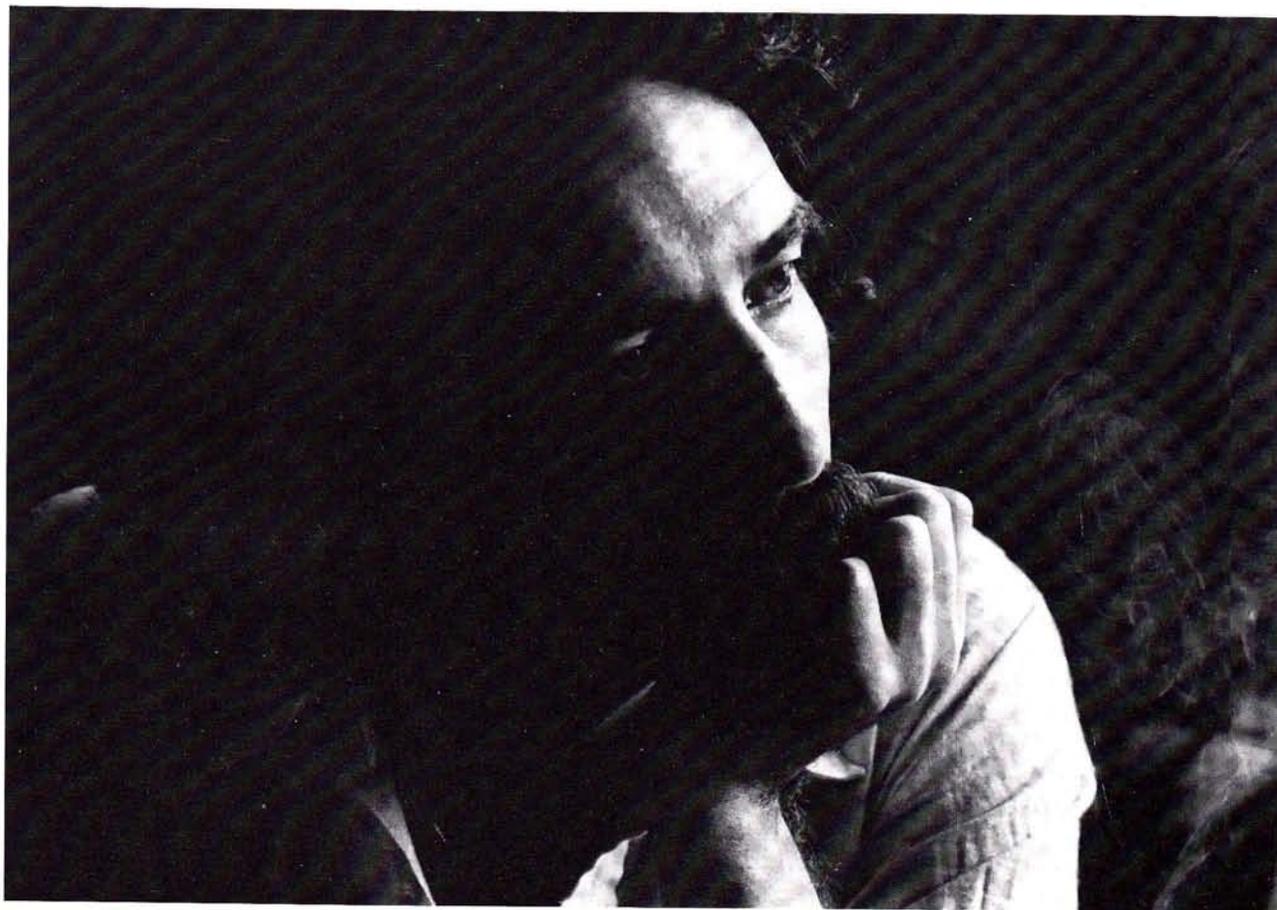
Ocasionalmente escribieron en Nueva York José Moreno Villa, León Felipe, Pedro Salinas y Jorge Guillén. El cubano Eugenio Florit ha vivido en esta ciudad por más de cuarenta años; en estancias más breves el nicaragüense Ernesto Cardinal, de quien tenemos un texto fundamental sobre Manhattan: «Viaje a Nueva York». También residieron aquí los chilenos Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn y Humberto Díaz Casanueva; todos han producido textos aislados o libros relacionados con Nueva York. En el caso de Parra sus *Artefactos* y el poema «Los profesores»; Lihn publicará en 1979 su obra *A partir de Manhattan*.

Por su condición de dependencia de los Estados Unidos, y por no resueltos problemas políticos y económicos, ha sido Puerto Rico el país hispanoamericano que más ha nutrido la nómina de la poesía hispano-neoyorquina. Algunos de los más importantes miembros del grupo poético vanguardista «Atalaya», surgido en la Isla con fuerte matización política hacia 1928, han tenido que residir, en condicionado destierro, en la gran urbe metropolitana por más de cuatro décadas, y aquí han escrito lo más característico de su obra. Dos de aquellos «atalayistas» —Clemente Soto Vález y Graciany Miranda Archilla— son los nombres mayores.

Es imprescindible recordar a la portorriqueña Julia de Burgos que

vivió en Nueva York entre 1940 y 1953. Después de dos fracasos matrimoniales y un amor frustrado, entra en un proceso de alcoholismo agudo hacia el año 46. Se pasa la mayor parte del tiempo en esta ciudad entre hospitales, intentando (y a veces evitando) desintoxicarse. Durante este período escribe un libro que dejará inédito, *El mar y tú*. Finalmente muere de cirrosis hepática, sola, tirada en la calle y sin identificación alguna, en 1953. Como testamento poético nos dejó un poema escrito en inglés: «Farewell in Welfare Island».

Entre los poetas de los setenta algunos de los portorriqueños más importantes son: Manuel Ramos Otero, Iván Silén, Orlando José Hernández, Víctor Fernández Fra-



Isaac Goldenberg.



Roberto Echavarrén.



Dionisio Cañas. Foto: Luis Mínguez.

goso (muerto del SIDA en 1982), Alfredo Matilla, Giannina Braschi, Carmen Valle, Jan Martínez, Brenda Alejandro y muchos otros más jóvenes (como Marithelma Costa) que, dada la importancia de este grupo de poetas deberían ser estudiados por separado.

Hacia los años setenta aparecen los famosos grafitis en Nueva York: expresión artística popular practicada en su gran mayoría por negros y portorriqueños. Otro producto que está asociado con el lenguaje es el «rap» (esto ya en los años ochenta): juego lingüístico con fondo musical que se basa en la habilidad verbal de los improvisadores-intérpretes. Los más famosos creadores son negros y lo hacen en inglés, pero hay grupos en los que participan algunos portorriqueños. Por ejemplo, los «Funky Four» tienen composiciones en «spanglish». Si a todo esto añadimos la poesía de los «nuyoricans» (a la que le dedicamos un estudio especial), nos encontramos ya con un panorama más o menos exacto del enriquecimiento lingüístico que ha

sufrido la lengua española en esta ciudad. También hay que tener en cuenta algunas revistas que por estos mismos años son dirigidas por escritores portorriqueños desde Nueva York: *Zona, Carga y Descarga; Lugar sin límite, Caronte*, entre otras.

Pero los poetas hispanos de los setenta, o que han escrito y publicado algunos libros importantes entre 1970 y 1986, no son solamente portorriqueños. Algunos de esos poetas hispanos que hoy presentamos por primera vez al público español como un conjunto son: Octavio Armand, José Kozer y Jorge Oliva (que también murió del SIDA en 1986) de Cuba; Roberto Echavarrén de Uruguay; Jaime Giordano, Enrique Giordano, Raúl Barrientos y Cecilia Vicuña de Chile; Isaac Goldemberg de Perú; Alvaro Tenorio y Jaime Manrique de Colombia; Octavio Zaya, Luis Moliner y Dionisio Cañas de España; Alexis Gómez de Santo Domingo; Matilde Davieu y Alejandro Oliveros de Venezuela (este último poeta ya no reside en

Nueva York, pero por la importancia de su excelente libro recién publicado, *Fragmentos I-XXV*, donde Manhattan juega un papel definitivo, los mencionamos aquí).

### Los hijos de la lengua urbana

El poeta ha sido siempre un paria en la ciudad. El mismo Baudelaire, con su visión de sí mismo como un «flâneur» en París, y su enorme atracción por el mundo del artificio ciudadano, rechazaba la vulgaridad de la muchedumbre y reconocía el estado de deterioro y alienación que significaba la vida en la metrópoli. Nómada en la capital francesa (Baudelaire solía cambiar de hotel a menudo), fue uno de los primeros poetas en señalar que la ciudad cambiaba más rápidamente que los sentimientos humanos.

Al evitar el tradicional rechazo romántico de la ciudad, Baudelaire nos condenaba a vivirla, desde nuestra angustia o nuestra decadencia, y en vez de huir hacia la Naturaleza como aquéllos, huía hacia el artifi-



José Kozer.

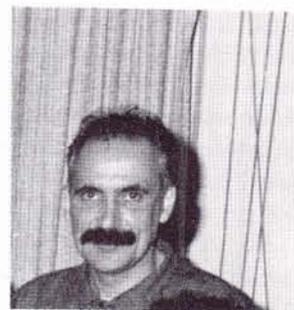
cio, la cultura; el paraíso y el infierno eran ya sólo mentales. Con su poesía se inaugura el reconocimiento de un vacío doble: el del hombre y el de la ciudad. Precisamente de ese doble vacío procede el potencial creador de casi todo lo que hasta ahora ha sido la poesía moderna. Y así, como escribe Walter Benjamin, la poesía de Baudelaire «brilla en el

cielo del Segundo Imperio como *un astro sin atmósfera*».

La ciudad emerge como un doble mito del bien y del mal para nuestra conciencia poética: es el emblema de la perfección de las realizaciones humanas y de la corrupción de esas mismas relaciones. El poeta, exiliado dentro de la ciudad, se retira a la ciudad interior, la ciudad irreal e



Raúl Barrientos.



Manuel Ramos Otero.

imaginaria. Las masas humanas agudizan en él la sensación de que la urbe es un laberinto o un desierto («el desierto crece», escribiría Nietzsche respecto a la idea de progreso en la ciudad moderna).

De lo que para Walt Whitman significó «la certeza que son los otros» cuando escribió sobre las masas en la ciudad de Nueva York, pasamos

a la idea de que «el poeta contemporáneo es un hombre entre los hombres y su soledad es la soledad promiscua del que camina perdido en la multitud» (Octavio Paz). Pero para muchos de los poetas hispanos que residen en Nueva York esa «dislocación» del solitario se ve compensada por la posible realización del amor. Esta otredad que nos espera a la vuelta de la esquina, es la que define Severo Sarduy en su ensayo «Pon un arte urbano»: «La casa es el lugar del Mismo, la ciudad el del Otro. Ambito de la búsqueda erótica: un cuerpo nos espera, pero el camino que conduce a él —nuestra *palabra*— es casi in formulable en la codificación excesiva de la *lengua urbana*».

Si como escribe Pessoa en su poema «Ulises», la leyenda, el mito, corre entrando en la realidad, fecundándola, la poesía escrita en lengua española en y sobre Nueva York, ha hecho de esta ciudad el símbolo del capitalismo y la práctica democrática en su más alta expresión; tanto en el lado positivo (especialmente en la cultura), como en su costado diabólico, violento, injusto y cruel.

En este sentido, los poetas hispanos de los años setenta, son los intérpretes más idóneos del mito de Manhattan. Ellos viven dentro de la bestia, en el corazón de sus contra-



De izquierda a derecha: Carmen Valle, Alexis Gómez, Jaime Manrique, Octavio Zaya, M. Ramos Otero.

dicciones, beben su lenguaje, soportan sus sacudidas y sus caricias, ya sean culturales o existenciales. Y, como de nuevo escribe Octavio Paz, «somos la ciudad y somos algo distinto: somos su pregunta y su negación, su conciencia y su poema».

Pero cuál es el espacio que las obras de estos escritores deben ocupar en la historia de la literatura. ¿En qué país, en qué tradición, en

qué generación se les debe clasificar? Testigos de un territorio indeterminado, de unas tradiciones plurales, de una lengua cambiante, los poetas de Nueva York se han creado con sus propias obras un espacio individual y diferente, una nueva tradición: la de la literatura en lengua española en Nueva York.

Nueva York, 1987

## BIBLIOGRAFÍA

### Antologías y estudios

- ALGARIN, Miguel y PIÑERO, Miguel: *Nuyorican Poetry: An Anthology of Puerto Rican Words and Feelings*, New York, Wm. Morrow & Co., 1975.
- BARRADAS, Efraín y RODRIGUEZ, Rafael: *Herejes y mitificadores (muestra de poesía puertorriqueña en los Estados Unidos)*, Puerto Rico, Huracán, 1980.
- BENDER, Thomas: *New York Intellect: A history of Intellectual Life in New York City*, New York, Knopf, 1986.
- CAÑAS, Dionisio: «Hispanic Poetry in New York», en *Imagine, International Chicano Poetry Journal*, Boston, vol. 1, n.º 2, Winter, 1984.
- Dissent* (número especial dedicado a la cultura en New York), Fall, 1987.
- EDMISTON, Susan and D. CIRINO, Linda: *Literary New York. A History and Guide*, Boston, Houghton Mifflin, 1976.
- GUTIERREZ, Franklin: *Niveles del imán (recopilación de los jóvenes poetas dominicanos en Nueva York)*, New York, Alcance, 1983.



Unico retrato del natural de Martí. 1891. Pintado por Herman Norman en New York.

LAZARO, Felipe: *Poetas cubanos en Nueva York*, Madrid, Betania.

MATILLA, A. & SILEN, Iván: *The Puerto Rican Poets / Los poetas Puertorriqueños*, New York, Bantam, 1972.

MENENDEZ, Nina: «En clave cultural: La comunidad puertorriqueña en los Estados Unidos y su expresión poética» en *Anales del Caribe*, La Habana, 1983.

MOSS, Howard: *New York: Poems*, New York, Avon, 1980.

PAZ, Octavio: «El castellano en los Estados Unidos», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 444, 1984.

SILEN, Iván: *Los paraguas amarillos (Los poetas latinos de Nueva York)*, Binghamton, N.Y., Ediciones del Norte, 1983.